

MARIA EUGENIA

(cuento esperpéntico)

Nunca dudé que la volvería a encontrar. Pero hombre, tampoco pensé que sería por estos barrios. ¿Tú estás seguro de que era ella? Bueno, lo que es seguro seguro... , pero lo juraría. Pasaba todos los días por delante de aquel gran escaparate en la tienda donde dormía yo antes. Y fuera de que se ha teñido el pelo, no ha cambiado gran cosa. Sospeché que seguiría los pasos de su tía Julia en algún teatrillo de estos. ¿La cupletista? Sí, sí. Estoy segura que mi sobrinita terminará siendo actriz como yo. ¡Qué tiempos! El duque de Entrenagua, y aquel príncipe italiano... ¡Ah...! ¡Ay, doña Julia, que me hace usted soñar a mi también! Se fija, doña María, con cuanto realismo juega la niña a las casas. Parece una señora mamá de verdad. Sí, tiene usted razón, muy bien, muy bien. Lo malo será empezar la conversación. ¿Qué le voy a decir? María Eugenia, ¿no me recuerdas? Soy Luisito. No, ya no Luisito. María Eugenia, ¿no me recuerdas? Soy Luis. Sí, sí, ja, ja, pasa muy rápido. Los dos hemos cambiado. Ya pasan de las cinco. Sería buena que no viniera hoy. Oiga, hermano, ¿me compra usted las últimas? Sí, traiga usted. Me siento con suerte. No habrá visto usted mi bastón por ahí. No. Alguien se lo llevaría. ¿Y no tiene usted miedo a darse una morrada sin él? ¡Quia, hombre! Si me se las calles palmo a palmo. Lo tengo sólo para los turistas. ¿Y por fin sé supo quién era él papá? No me gusta armar chismes, pero para mi que fue aquel viajante de paraguas que estuvo en su casa por aquellos tiempos. No me diga. Si no fue el, no sé de dónde le salió el pelo tan rubio. Pero, ¿no era rubio el señor Antolínez? Pues no sé, la verdad. Ya antes de casarse estaba el pobrecito como una bola de billar. Parece que va a llover. Tal vez sería buena idea ir hasta la esquina. Yo la veía pasar a eso de las cinco todos los días, pero eso fue hace ya meses. Luego me despacharon de la tienda y no volví por allí. ¿Y cómo fue? Muy sencillo, me encontraron despierto una tarde. ¿Y ahora, qué haces? Lo mismo, de maniqué en una tienda de colchones. No me parece mal trabajo. No, si no lo es. Además tiene la ventaja de dejarme las noches libres. Volviste a ver a Juan. No me hables de Juan. Pero si seráis los tres nada más que niños. Jamás le perdonaré la jugarrreta. Siempre creí que en el fondo ella no lo quería. Mejor que no vaya a la esquina, no vaya a aparecer por alguna bocacalle de estas. ¿Irás a esperarla hoy? No, iré mañana. Las cinco y media ya. Dale recuerdos míos. Serán dados. Adiós. Adiós. Y muchas gracias. De nada, hombre, de nada. Para algo están los amigos. Al fin, debe ser ella.

Calle interminable. María Eugenia se admira en todos los escaparates. Queda reflejada docenas de veces, ya no

recuerdo cuál es la verdadera. ¡No es posible! Juan acaba de aparecer al otro lado. Se repite la escena. Cuanta repulsión acumulada siento en un momento. Me revuelvo en la butaca y la señora gorda en la de al lado me mira con disgusto. ¡A la mugre, vieja! Pagué mi entrada como usted. Caballero, ¿quiere usted decirle a su hijo que no dé patadas en el respaldo? Perdón, Manolín, no molestes al señor. Casi perdí el encuentro. Qué miradas más tórridas. Y el cliquiticlak de los tacones mucho más rápido. ¡Qué asco! ¡Juan! ¡María Eugenia! Que se repita. ¡No otra vez! ¡Chist! Se dan las manos. Se miran a los ojos intensamente. La gorda saca un pañuelo y se suena sin ruido. ¡Chist! No sea usted grosero, sufro de alegría. ¡Ah! ¡Chist! ¡Salud! ¡Gracias! Siguen mirándose a los ojos intensamente. ¿No hay diálogo en esta obra? No distraiga, señora. Se han besado. ¡Enescena! ¡Qué descaró! Señora, váyase usted si no le gusta. Pero si hay niños. No es más que un beso. ¡Qué barbaridad! En mis tiempos... ¿Dónde está el diálogo? Es una obra muy moderna. ¡Ah! Se han cogido de la mano. María Eugenia está radiante. Juan tiene el mismo tipo de palurdo de siempre. Aunque se pasa por duque, es un carnicero, o por lo menos es lo que me contó mi cuñada. Señora, no nos cuente usted el final. Con esos modales no pasaría más que por hidalgo pobre. Es cierto, el teatro no es lo que era. Recuerdo cuando Echeagaray. Caramba, no representa usted su edad. ¡Insolente! Era un piropo, señora. ¡Chist! No tendrá usted miedo a perderse el diálogo. ¡A la calle! ¡A la calle! Juan y María Eugenia siguen caminando como si no pasara nada. ¿Se fija? Van a un hotel. Fíese usted de esas caritas virginales. ¿Por qué no se va si no le gusta? Midinero estan bueno como el suyo. Caray, no se ofenda usted. Telón. Aplausos. ¡Si yo creí que no le había gustado! Es mi hija. ¡Ah! Encantado de volver a verlo, señor Antolínez. Pero si soy el señor González. ¿Quiere usted decir que esa no era María Eugenia Antolínez? Pobrecito, debe ser de provincias. No señor, María Eugenia Antolínez trabaja en la calle menor, un teatro más abajo. Acabáramos. Aplausos. ¡Que se calle el gallinero! Los habrán dejado entrar gratis. ¿Se va usted a media función? Sí, señora, es usted demasiado gorda. ¡Pillín!

21

Estaba lloviendo fuera. Levanté el cuello de la chaqueta y me lancé teatro abajo en busca de la verdadera María Eugenia. Las cloacas, mal acostumbradas a estas descargas veraniegas no recibían bastante agua, y en la esquina había verdaderos laguillos arremolinados. Menuda porquería. Agua hasta los tobillos. Voy a agarrar un catarro padre. Y ni un taxi. En la acera los edificios se veían al revés. Calma, debe estar cerca. Repentinamente, a grandes luces. HOTEL MARIA EUGENIA (Funciones de cinco a siete). Allí será. El acomodador me miró con simpatía. Menudo chaparrón, ¿eh? Siéntese aquí un momentito. Gracias. Espere, deje que le quite los zapatos, está usted dejando charquitos en la alfombra. Era verdad. Me miré

en el último y saqué un peine. ¿Está usted cómodo? Sí, sí, muy bien. Silbido. Por la puerta de atrás entró un perro de aguas con un par de zapatillas en la boca. ¡Qué barbaridad!, también estaban empapadas. ¿Viene usted por lo de María Eugenia? ¿Cómo lo sabe? Sonrisa enigmática. Trescientos veintisiete. Un botones me acompañó hasta el ascensor. Llevaba mis zapatos en la mano. Tercer piso, veintisiete puertas a la derecha. Tenga. Gracias. Midas. Le di otro billete.

22 El piso tenía una alfombra colorada. Abrí la puerta del cuarto. Estaba vacío. Conté otra vez. Había abierto la puerta veintiocho. En la veintiocho. En la veintisiete había por lo menos una cama, pero tampoco estaba María Eugenia. Volví al pasillo. Ah, por fin. Veníamos de la mano, por el otro extremo. Ella con un camisón cortito. Yo con un kimono japonés de seda. Faltaba algo. Srta. Antolínez, balbucí. Ella me miró un poco extrañada y me hizo una corta reverencia. Yo le solté la mano y me la di. ¿Quién es, querido? No sé, espera. ¿Quién es usted? Pero si soy tú, digo, eres yo... ¡Qué tontería! Estará loco. ¿De veras que no me recuerdan? Jugábamos juntos cuando niños... ¿Qué dice, darling? No sé, pet, parece que se le subió la lluvia a la cabeza. ¿No me reconoces, Luis? ¿Cómo sabe usted mi nombre? ¿La fiesta de los Domínguez? ¿La Riviera? Es más, le podría decir que tiene usted veinticinco años. ¡Ajá! Ya se confundió usted, tengo solamente veinticinco años. Vea. Metió la mano bajo la pechera del kimono y sacó un papel arrugado. Es mi partida de nacimiento. Caray, tiene usted razón, sólo veinticinco años. Que extraño. Luis, querido, ¿dónde está el equipo? Dijeron que lo traerían pronto. Perdón, caballero, tenemos que trabajar. ¿Les molesta si los observo? Se encogieron de hombros. Ahí llegan. Ya está bien tanto hacer esperar. Fue a causa de la lluvia. No podíamos dejar que se mojaran las cámaras. ¿Quién es este? No sé, dice que soy yo. ¡Ah! Tendrá usted que arrimarse a la pared. Y no se mueva. Seguiremos con la posición treinta y nueve, María Eugenia encima... Ya, ya. Y a ver si sale a la primera. No estoy de humor para repeticiones. Te dije que podías descansar dos días. Necesito el dinero. Bueno, pero luego no nos echas la culpa a nosotros. No te haces más joven cada día. Bah, todavía os desafío a todos. Risas. Acuéstate querido. ¡Silencio! Scene 39. Take 1. ¡Clap!

Trabajan muy bien. Sí, pero es que ya llevan varios años durmiendo juntos. Pero no puede ser. Se lo aseguro, he sido su fotógrafo desde que empezaron. Hombre, sí es así... Cuidado con el cable, ¡no se mueva! ¡Anda, ya la armó usted! ¡Senor Smith! ¡Corten! ¿Qué pasa ahora? Nada, el mirón se ha enredado en el cable y ha desconectado la cámara. ¡Cuernos! No me digan que tenemos que empezar otra vez. ¿No puede usted estarse quieto? Perdón, lo

siento muchísimo, no me fijé en el cable. Además, ¿quién le dio permiso para entrar? No sé, nadie dijo nada . . . en realidad sólo quiero hablar con la señorita Antolínez. ¿Antolínez? ¿Hay alguien aquí que se llame Antolínez? Bueno, ya puede irse usted, aquí no está esa señora. Pero si es esa, la que está en la cama. No, caballero, esa es la señorita Martínez. ¿Está usted seguro? Soy su padre. ¡Oh! ¿Quién es Antolínez? Una niña que conocí cuando era joven. María Eugenia Antolínez. Acabáramos. Murió tísica hace tres meses. Lo siento. Nada, nada, lo esperábamos. Sí, era inevitable. Tendré que dejar de hacerle el amor. Sí, me parece lo más natural. Bueno, creo que me iré ahora. Con permiso. Sí, sí. Muy buenas. Saludos en general. Adiós, chulo, vuelve otro día cuando esté sola. Lo haré, lo haré. Me saludé desde la cama. Devolví el saludo al cruzar el umbral. Scene 39. Take 2 ¡Clap! Ya no llovía. Caminé por la calle sin darme cuenta. Así que estaba muerta. No era posible. Sentí un dolor intenso en el pecho. Parecía que me estaba desgarrando por dentro.

Y entonces pensé que sería hermoso sentir el dolor

Y entonces pensé que sería hermoso sentir el dolor realmente. Separarme por completo de ese otro yo que se quedaba con ella. Hacer que el nuevo ser confrontara a quedaba con ella. Hacer que el nuevo ser confrontara a algún individuo en cualquier parte y le gritara cómo está usted algún individuo en cualquier parte y le gritara cómo está usted sin respirar. Que caminara despacio, con la nariz ensan- sin respirar. Que caminara despacio, con la nariz ensan- chada por el olor de la buena comida mejicana hasta obtener chada por el olor de la buena comida mejicana hasta obtener un vacío total en la mente. Dejar, en fin, de ser una línea un vacío total en la mente. Dejar, en fin, de ser una línea apretada sobre una página. Porque aunque estedes me apretada sobre una página. Porque aunque estedes me crean pensando calle abajo, yo no soy. Y el deseo de salirme crean pensando calle abajo, yo no soy. Y el deseo de salirme del papel no es mío. Ni mis pensamientos son míos. Aunque del papel no es mío. Ni mis pensamientos son míos. Aunque tal vez al desaparecer dejo la página sin poder ejercer la tal vez al desaparecer dejo la página sin poder ejercer la voluntad propia simplemente por ser personaje de cuento voluntad propia simplemente por ser personaje de lo real